

DOMINGO 17 DEL TIEMPO ORDINARIO

«Vende todo lo que tiene y compra el campo» —Mt 13, 44



Las lecturas de este domingo forman una unidad en torno a un único eje: el discernimiento como la sabiduría más alta, y el Reino de Dios como el tesoro que merece cualquier sacrificio para ser alcanzado. El movimiento va de la sabiduría pedida a Dios (1 Re) → a la vocación filial recibida en Cristo (Rom 8) → al tesoro descubierto con alegría y la decisión de apostar todo por él (Mt 13). Las lecturas se articulan en cuatro momentos:

- **1 Re 3, 5.7-12** → *Fundamento sapiencial veterotestamentario: Salomón, ante la oferta de Dios «pídeme lo que quieras», elige el discernimiento sobre el poder, la riqueza y la fama. Dios premia esa elección con todo lo que Salomón no pidió. El don de la sabiduría es mayor que cualquier otro bien.*
- **Sal 118** → *Eco orante: «Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata». El salmista ha descubierto que la Palabra de Dios vale más que cualquier riqueza material. La sabiduría como amor a la voluntad de Dios.*
- **Rom 8, 28-30** → *Horizonte teológico: el plan eterno de Dios es predestinarnos a ser imagen de su Hijo. Todo lo que nos sucede — incluso el sufrimiento — sirve para bien a quienes aman a Dios. La vocación bautismal es participar de la filiación de Cristo.*
- **Mt 13, 44-52** → *Cumplimiento narrativo: tres parábolas finales del capítulo 13 — el tesoro, la perla y la red — que culminan la enseñanza sobre el Reino. La pregunta de Jesús al final: «¿Habéis entendido todo esto?»*

El hilo conductor es la alegría del descubrimiento y la radicalidad de la opción. No se trata de una renuncia triste y ascética, sino de la lógica apasionada del que ha encontrado lo que vale más y actúa en consecuencia. El arco va del modelo humano de sabiduría (Salomón) → al fundamento teológico de la vocación (Pablo) → a la experiencia concreta del encuentro con el Reino (Jesús). Todo converge en una pregunta: ¿hemos encontrado el tesoro?

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La sabiduría como don pedido y recibido (1 Reyes / Salmo): Salomón no pide lo que los reyes suelen pedir: victoria, riqueza, larga vida. Pide un «corazón dócil» para discernir, escuchar y gobernar bien. Esta elección revela la jerarquía correcta de valores: la sabiduría por encima del poder. Dios, complacido, le da además todo lo que no pidió. El salmo prolonga esta lógica: los preceptos de Dios valen más que el oro. La sabiduría verdadera no es erudición sino disposición interior para escuchar a Dios y discernir lo que conviene en cada momento.

2. Predestinados a ser imagen del Hijo (Romanos 8): Pablo anuncia el proyecto eterno de Dios sobre cada persona: somos predestinados a ser imagen del Hijo, de modo que Cristo Jesús sea «el primogénito de muchos hermanos». Esta vocación no es un privilegio de élite sino la realidad más profunda de todo bautizado. «A los que aman a Dios todo les sirve

para bien»: incluso las dificultades y el sufrimiento quedan integrados en un proyecto de amor que va de la llamada a la gloria. Esta certeza debería transformar la autoestima, la mirada al futuro y la relación con los demás.

3. El tesoro escondido: la alegría del descubrimiento: La primera parábola describe a un labrador que, cavando en tierra ajena, encuentra un tesoro. Sin dudar, vende todo lo que tiene y compra el campo. Lo decisivo no es la renuncia — que también está — sino la alegría que la motiva: «lleno de alegría, vende todo». El Reino no se presenta como una carga moral ni como una obligación religiosa, sino como un descubrimiento que genera entusiasmo, que reordena toda la vida desde adentro. Quien no ha descubierto esta alegría todavía no ha encontrado el tesoro.

4. La perla de gran valor: la decisión radical: La segunda parábola es gemela de la primera pero con un matiz diferente: el comerciante en perlas no la encuentra por casualidad — es un experto que sabe reconocerla cuando la ve. Vende todo lo que posee para adquirirla. La parábola habla de la opción fundamental: nada es más importante que «buscar el Reino de Dios y su justicia». Todo lo demás — prácticas, costumbres, instituciones, intereses — es relativo y debe quedar subordinado al proyecto central de Dios.

5. El tesoro como experiencia de Dios, no como doctrina: Los textos complementarios añaden una clave decisiva: el «tesoro» no es la práctica religiosa, ni la pertenencia institucional a la Iglesia, ni el conjunto de verdades doctrinales. Es la experiencia personal y gozosa del Dios vivo. Muchos cristianos viven encerrados en su religión sin haber encontrado ningún tesoro. La renovación de la Iglesia pasa por recuperar el «núcleo del Evangelio»: el proyecto humanizador del Padre llamado Reino de Dios. Sin esa experiencia, la fe se convierte en rutina y la Iglesia pierde capacidad de atracción.

6. La red: paciencia y pluralismo en el tiempo de la Iglesia: La tercera parábola retoma la enseñanza del domingo anterior sobre el trigo y la cizaña: la red recoge peces buenos y malos, y la separación se hará al final. Estamos en el «tiempo de la Iglesia», donde conviven dentro de la red creyentes de toda condición. Nuestra tarea es echar la red — anunciar el Evangelio — no juzgar ni separar. La Iglesia no es una élite de perfectos sino una comunidad de pescadores que lanza la red con generosidad.

El material a una interpelación pastoral: ¿Hemos encontrado el tesoro? ¿La fe es para nosotros experiencia gozosa o rutina institucional? ¿La Iglesia está centrada en el Reino o distraída en lo accesorio? ¿Cómo acompañar a quienes buscan a Dios y no saben por dónde empezar?

La distribución forma un movimiento que va de la sabiduría como actitud (Salomón) → a la vocación como fundamento (Pablo) → al descubrimiento como experiencia (Mateo) → a la conversión pastoral como urgencia (textos complementarios). Todo converge en la pregunta final: ¿hemos descubierto en el Evangelio un tesoro que nos llena de alegría, o seguimos buscando entre baratijas?

Hay personas que llevan años en la Iglesia sin haber encontrado ningún tesoro. Cumplen, participan, se esfuerzan — pero algo esencial falta: la alegría del descubrimiento. Jesús hoy no nos pide más esfuerzo ni más disciplina. Nos pregunta: ¿Has encontrado el tesoro? Porque cuando alguien lo encuentra de verdad — esa experiencia del Dios vivo que transforma la vida por dentro — no necesita que nadie le convenza de venderlo todo. Lo hace con alegría. El problema no es la generosidad de la gente: es que todavía no han visto la perla.

El texto nos interpela en tres niveles simultáneos.

A nivel personal: ¿es mi fe una experiencia gozosa y transformadora, o un conjunto de obligaciones que cumplo por costumbre? ¿He descubierto alguna vez ese «tesoro escondido» que es el Dios de Jesucristo — no como idea sino como presencia viva?

A nivel comunitario: ¿nuestras comunidades irradian la alegría de quien ha encontrado algo extraordinario, o transmiten más bien el tedio de quien cumple un deber? La Iglesia no puede renovarse si no recupera el entusiasmo por el Reino. «El proyecto de Jesús es instaurar el reino de Dios» — y ese proyecto es apasionante, no aburrido.

A nivel pastoral: ¿sabemos ayudar a quienes buscan a Dios sin saber por dónde empezar? El texto complementario narra a una joven agnóstica que pregunta: «¿Por dónde empezar?» La respuesta no es doctrinal sino existencial: la oración, el descenso al corazón, el compartir la propia experiencia. La fe no se enseña: se contagia. No se argumenta: se muestra.

Había una vez un joven rey que recibió una oferta que ningún ser humano recibe: «Pídeme lo que quieras».

Salomón podría haber pedido cualquier cosa: riquezas, fama, victorias sobre sus enemigos, larga vida. Y eligió otra cosa. Pidió un «corazón dócil»: la capacidad de escuchar, de discernir, de saber qué conviene en cada momento. Esa elección dice todo sobre la jerarquía correcta de los valores. Y Dios, complacido, le dio además todo lo que no había pedido.

El salmista lo canta desde su propia experiencia: «Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata». No es que el oro no valga — es que hay algo que vale infinitamente más. La sabiduría de saber qué es lo esencial.

Pablo desde Romanos añade el fundamento más hondo de todo: estamos predestinados a ser imagen del Hijo de Dios. Desde antes de nacer, Dios tenía un proyecto sobre cada uno de nosotros — no de esclavos sino de hijos, hermanos de Cristo Jesús. «A los que aman a Dios todo les sirve para bien.» Incluso lo que duele, incluso lo que no entendemos, está dentro de un plan de amor que va de la llamada hasta la gloria.

Y entonces Jesús cuenta dos historias brevísimas que lo cambian todo: Jesús dice: «Así es el Reino de Dios». No una doctrina que hay que aceptar. No una institución a la que hay que pertenecer. No una lista de obligaciones que cumplir. Sino un tesoro que se descubre — a veces por casualidad, a veces después de mucha búsqueda — y que, cuando se encuentra, genera una alegría tan grande que todo lo demás pasa a ser secundario.

La pregunta que queda suspendida en el aire es directa: ¿has encontrado el tesoro? Porque hay personas que llevan años en la Iglesia sin haberlo encontrado. Participan, cumplen, se esfuerzan — pero algo esencial falta: esa alegría inconfundible del que sabe que ha encontrado lo que andaba buscando. Sin esa experiencia, la religión se convierte en rutina y la fe en costumbre.

No es que la gente no sea generosa. Es que todavía no han visto la perla. Cuando alguien la ve de verdad, no necesita que nadie le convenza de venderlo todo. Lo hace con alegría. El problema de tantas comunidades no es la falta de esfuerzo sino la falta de entusiasmo — y el entusiasmo no se genera con más programas sino con el encuentro personal con el Dios vivo.

Jesús termina preguntando a sus discípulos: «¿Habéis entendido todo esto?» Ellos responden que sí. Ojalá podamos nosotros responder lo mismo — no solo con las palabras, sino con la alegría visible de quienes saben dónde está el tesoro y han apostado todo por él.

Ahora ... qué haremos?

Cultivar la experiencia personal de Dios como núcleo de la vida cristiana

1

El tesoro no es la práctica religiosa sino el encuentro con el Dios vivo. La primera urgencia pastoral es favorecer experiencias de Dios: la oración personal, el silencio, la lectio divina, los retiros espirituales. Sin experiencia interior, la fe se convierte en costumbre. Proponer en la comunidad itinerarios de profundización espiritual que lleven al encuentro personal con Cristo.

Recuperar la alegría como signo del Evangelio

2

La parábola del tesoro dice explícitamente: «lleno de alegría». Una comunidad cristiana sin alegría es una comunidad que no ha encontrado el tesoro. Revisar el tono y la atmósfera de nuestras celebraciones, encuentros y anuncios: ¿comunicamos entusiasmo o tedio? ¿Atraemos o alejamos? La alegría no es superficialidad: es el fruto visible del encuentro con el Dios vivo.

Centrar la pastoral en el Reino, no en lo accesorio

3

«Solo el Reino de Dios es absoluto. Todo lo demás es relativo» (Pablo VI). Muchas comunidades invierten más energía en mantener estructuras y tradiciones que en anunciar el proyecto humanizador de Jesús. Discernir qué es esencial y qué es secundario, y tener el coraje de «vender» lo accesorio para comprar el campo donde está el tesoro.

Pedir el don del discernimiento como primera necesidad

4

La elección de Salomón es un modelo pastoral: antes de pedir recursos, éxito o reconocimiento, pedir «un corazón dócil» para escuchar y discernir. Proponer en las comunidades y equipos pastorales momentos regulares de

discernimiento comunitario, donde la pregunta no sea «¿qué hacemos?» sino «¿qué quiere Dios de nosotros en este momento?»

Acompañar a quienes buscan sin saber por dónde empezar

5

El texto complementario narra la pregunta de una joven agnóstica: «¿Por dónde empezar?» La respuesta pastoral no es doctrinal sino relacional y experiencial: compartir la propia experiencia, invitar a la oración, acompañar el descenso al corazón. La fe no se enseña: se contagia. Formar en la comunidad personas capaces de acompañar procesos de búsqueda espiritual con paciencia y sin imponer.

Vivir la vocación bautismal con confianza radical: todo sirve para bien

6

La certeza paulina — «a los que aman a Dios todo les sirve para bien» — es una fuente inagotable de paz y audacia. Proponer en la catequesis y en la predicación el redescubrimiento de la vocación bautismal como participación en la filiación de Cristo. Esta conciencia transforma la autoestima, la mirada al futuro y la calidad de las relaciones comunitarias.

DOMINGO 17 DEL TIEMPO ORDINARIO

Vende todo lo que tiene y compra el campo

Mt 13, 44

El Reino de Dios es el tesoro que merece cualquier sacrificio.



EL TESORO
Se encuentra y se descubre con alegría. Hace dar un paso decisivo y total.



LA PERLA
De gran valor. Quien la encuentra vende todo para poseerla.



LA RED
Recoge de todo. La separación se hará al final de los tiempos.

No se trata de una renuncia triste, sino de la alegría de haber encontrado lo que realmente vale.

¿QUÉ HAREMOS?



EXPERIENCIA DE DIOS
Buscarlo en la oración y el silencio. Sin encuentro personal, no hay fe viva.



ALEGRÍA DEL EVANGELIO
Una comunidad cristiana alegre atrae y contagia vida.



CENTRARSE EN EL REINO
Lo esencial es el proyecto de Jesús. Lo demás es secundario.



PEDIR EL DON DEL DISCERNIMIENTO
Antes de todo, pedir un corazón dócil para escuchar y discernir.



ACOMPañAR A QUIEN BUSCA
La fe se contagia desde la experiencia y el testimonio cercano.



CONFIAR EN SU PLAN
A los que aman a Dios, todo les sirve para bien. Caminar con confianza y esperanza.

«Habéis entendido todo esto?»

Mt 13, 51

